

SASTRE, Santiago: *Bolo feroz. Un nuevo caso de A. Alpesto*. Toledo. Ed. Ledoria, 2021.

Juan José Fernández Delgado

Por tercera vez sale a la plaza pública de la letra impresa Augusto Alpesto, detective privado nacido en Toledo, de la mano de su padre literario Santiago Sastre. Y lo hace en una novela amena, entretenida y llena de ingenio y de ocurrencias miles, en la que, además, todo transcurre vertiginosamente, excepto el desenlace. También hay en la novela numerosas y muy buenas recetas –y raciones- culinarias apalabradas y degustadas en restaurantes toledanos conocidos y en otros de sus alrededores, y humor traído por diferentes caminos, y magras y también abundantes raciones de sexo, como es usual en la literatura de Santiago Sastre, ya sea en sus libros de poesía, ya en sus anteriores novelas y en sus obras de teatro. No desperdicia la ocasión el autor para añadir este ingrediente, que tan poco cuesta, a la ardua tarea de vivir en estos tiempos menguados de salud. En este sentido, *Bolo feroz* es un disfrute –un verdadero hartazgo- de todo lo relacionado con el estómago y la entropierna, aderezado todo ello con sabrosas tapas de humor.

Y es también una novela repleta de explícitas lecciones de Educación en valores y otras lecciones de crítica social aplicadas a la situación del Toledo actual. Estas críticas, aunque envueltas en la maraña novelesca parezcan insustanciales, como un elemento narrativo que no salta más allá de la letra impresa, están cargadas de protesta –todas tienen un referente toledano muy concreto (el estado agónico del Tajo, “tan maloliente, con poco caudal, por culpa de la mano del hombre”; las largas y desesperantes esperas en demasiados casos de los enfermos para ser atendidos en la Sanidad Pública; la indiferencia ante los desvalidos, lo aconsejable de bajar la basura “a determinadas horas y no cuando a uno le salga de las narices”; cuidado al usar las palabras, pues son como piedras con que puedes descalabrar al vecino; el abandono secular del circo romano, la terrible soledad en que quedan los conventos de Toledo, tan llenos de historia y de arte y de vidas altruistas entregadas a la oración por los demás, cuando salen las últimas monjitas apergaminadas y llenas de ingenuidad; la pésima –por escasa- comunicación entre los barrios y urbanizaciones periféricas con el centro de la ciudad; el lamentable estado en que se encuentra el ábside de Santiago del Arrabal, etc.), porque el autor conoce y es consciente de esa realidad y se duele por ello, y ello confirma que duele lo que se ama.

El narrador se hace también eco de ciertas reivindicaciones ciudadanas, como la de pedir que se traslade al hospital de la Virgen de la Salud, ya desmantelado de su función hospitalaria, el geriátrico del Valle para comodidad del ciudadano. Se duele también el narrador (de parte de su autor) porque la radio y la televisión dedican muy poca atención a la cultura en general: “¡Ójala existieran más programas sobre libros y literatura en...”. En fin, “piensa

Augusto... que la solidaridad no debería pertenecer a ninguna ideología, sino ser un asunto de todos”, pág. 242. Alaba, sin embargo, las iniciativas ciudadanas que, a todas luces, se muestran positivas, aunque, al declararlas, surja la chispa del humor. Así, anota como muy positivo “la Biblioteca solidaria del Hospital Virgen de la Salud, situada muy cerca de la capilla”, y entre los libros ahí expuestos, A. Alpesto da en fijarse “en el libro *Una dieta equilibrada para combatir la gota* de Máximo Gambón Cigalas”, y añade el narrador que “le vendría muy bien porque ya ha sufrido varios episodios de gota, pero no quiere ir ahora cargado con un libro”.

Y con estas protestas y reivindicaciones, más las explicaciones histórico-literarias referentes a edificios y hechos culturales acaecidos en Toledo, tanto en el pasado como en el presente, más esas digresiones históricas y las anecdótico-legendarias y literarias que de casi todos ellos añade el autor, y populares noticias intrahistóricas ciudadanas que solo puede aportar un aborigen y avisado toledano –como hizo el inteligentísimo autor de *El Lazarillo de Tormes*-, confirman que Toledo no sólo es el escenario en que ocurren los hechos, sino que con su omnipresencia en las trescientas páginas de la novela se alza con el verdadero protagonismo de *Bolo feroz*. Y todo se completa con las numerosas alusiones metaliterarias, de las que muchas tienen como referencia la ciudad de Toledo.

Y esta omnipresencia de la ciudad ya se hacía presente en las dos novelas anteriores de esta trilogía: *Carcamusas de muerte* (2018) y *Tijeras cortadas* (2019), y explica, a su vez, la manifiesta intención de Santiago Sastre de dejar claro que Toledo, la ciudad, no es sólo una hermosa acrópolis que duerme en los gloriosos laureles de su pasado: también una ciudad moderna llena de vitalidad que participa de todo lo que le brinda la hora laica y distendida del siglo XXI azuzado, todo ello, con la pandemia que nos invade desde hace, ¡ay!, demasiado tiempo. Así pues, si Garcilaso reivindicó el Tajo y sus áureas riberas para la lírica renacentista, Santiago Sastre propone el laberinto urbano de Toledo y su ambiente y miles de retazos históricos e intrahistóricos desparramados por sus calles y plazas como escenario adecuado para el desarrollo de cualquier novela negra.

Para corcusir todo ello, el narrador –detrás de cuyas orejas y patillas de hacha asoma las suyas el propio autor-, se sitúa en el presente en que estamos inmersos, sin más concreciones, y empieza a transitar por la ciudad aun antes de que exista la necesidad de contar con los servicios del ilustrado inspector Alpesto, al que algún personaje con afición gastronómica llama “Alpisto”. Después, le seguirá como su propia sombra y nos le muestra investigando los casos comprometidos sin aureolas de sabihondillo, ni de matón y sin escudo protector profesional ni literario alguno, pues en dos ocasiones prueba la picadura puñoenrostro de los adictos a la droga; y al tiempo, el narrador nos va mostrando personajes variadísimos, inventados y con nombres sonoros y peregrinos muchos y otros identificables con partida de nacimiento; incluso, algunos, muy conocidos, con partida de defunción (J.C. Gómez-Menor, Juan Sánchez, Fernando Dorado, Mario Paoletti, etc.), a los que tributa su recuerdo y hace menos

muestrados con su mención): Armando Casas, constructor y reparador de viviendas; Luciano Dosvelas, pues desde que se divorció no ha vuelto a probar el sexo, como él mismo confiesa; Ivan Trece, Romeo Chorrilargo; Diana Pacífica, profesora de yoga; Olga Polvorón, Tomás Capullo, José Jamón, porque su madre, de procedencia rumana, quiere rendir un homenaje perpetuo a las patas traseras del cerdo; Luciano Dosmecheros, portador de tantos encendedores para aprovechar cualquier ocasión para ligar; Claudia Cardenales, Rosa Bandija... Y junto a todos ellos, aparecen personajes toledanos con DNI, como Marciano Sanfelisón, detrás del cual se esconde un afamado damasquinador toledano; Paco Fotocopias, Carlos Rodrigón, autor de un libro de poemas titulado *Nubes y claretas* y, a su vez, “se protege la cabeza con una gorra con el escudo de los Chicago Bulls”; Ventura Leví, Juanjo Fernández Gordillo, Fernando Arándanos e, incluso, el editor de la novela, Jesús Muñoz, reseñado como editor y filólogo, y Santiago Lastre, que debe darse la mano con el propio autor.

Y con ello se alude a dos ingredientes muy importantes de la novela: en primer lugar, a la presencia de numerosos personajes conocidos y reconocibles que deambulan por lugares propios de la ciudad y cotejables en su callejero, de modo que *Bolo feroz* se convierte en una doble guía de la ciudad de Toledo: artística y gastronómica y, al tiempo, se muestra también como fiel indicador de lugares apropiados para complacer necesidades de la entrepiera.

Decía antes que el humor aparece de múltiples maneras: la más abundante se allega de la nominación de los personajes mediante varios procedimientos: dislocación y asociación de nombres: Leonor Gasmó, Adolfo Llador, Noviofendido, Diana Pacífica, Tomás Capullo, Ogete (organización sindical), el Dermatólogo, a su vez, abreviado en plan “colega”, en el Derna porque siempre “va al grano”, etc., o por la coincidencia del nombre del personaje con una circunstancia de su vida, como es el caso de Mamerto Mosqueado que “más que mosca parece moscardón” al presentir que su esposa, precisamente Leonor Gasmó, le es infiel y, casualmente, en el preciso momento en que le comunican que, en efecto, es corneado por su amada esposa, aparca un coche a su lado que deja escuchar “Dame veneno” de Los Chunguitos. También salta el chiste a las páginas de *Bolo feroz*: “el marido dice que la postura favorita de su mujer en la cama es la del pez”, porque “se da la vuelta, ¡y nada!”; y mediante la dislocación del título de obras conocidas, como “la alargada sombra de los cuernos”.

Otro aspecto muy importante en la novela –y muy presente en toda la literatura de Santiago Sastre–, es la presencia de la metaliteratura y la metamúsica (canciones de Alex y Cristina, de Iván Ferreira, etc.) y metacinematografía (*Quien a hierro mata*, película dirigida por Paco Plaza, *Sonrisas y lágrimas*, etc.) es decir, la enorme presencia de alusiones a obras literarias y a escritores, tanto españoles como extranjeros, entre los que se incluye el mismo Santiago Sastre como autor de *Tijeras cortadas*, y como Santiago Lastre, autor de un libro apócrifo: “Gerardo Llamas leía *La última camisa de Machado*, de Santiago Lastre”. También al escondido autor en Juan José Guerricasca Flacucho como autor de una novela titulada *La*

*prodigiosa voz de Toledo*, y de comentarios de obras literarias y episodios ocurridos en Toledo e información de actos culturales en la librería “De tomo y lomo”; y son también muy frecuentes las alusiones al mundo de la música y al cinematográfico, lo que confiere a estas obras un carácter culturista que, además, se completa con alusión a novelistas y poetas contemporáneos o extranjeros (Cela, autor de *Enciclopedia del erotismo*, el “Diálogo entre Venus y Priapo”, de Alberti; Kavafis, mediante el cual incide en que “el camino forma parte de la meta”; Cabrera Infante y sus *Tres tristes tigres*; Neruda, Ángel Crespo, María Luisa Mora y su poemario *Los frutos siderales*; Antonio Gala, Ángel González, etc.; también glosa el autor el sabrosísimo discurso quijotesco de la libertad de los cabreros y el famoso monólogo de Segismundo, el de *La vida es sueño*, su prestigioso nombre se vea dislocado en el anagrama: “Premio Ladán”.

En fin, *Bolo feroz* es también una novela abierta, pues si el afamado inspector soluciona y cierra los tres casos contratados -dos de ellos con sendas muertes incluidas, y un caso de infidelidad femenina conyugal-, nada sabemos de la reacción del marido de Olga Polvorón, humillado y ofendido; tampoco sabemos qué ocurre con la mujer que mató al... por haber prostituido a su hija; ni lo que ocurre con el Javi, una vez que Alpesto descubre que él ha sido el autor de la muerte de..., el novio de su madre. Bien es verdad, que estas conclusiones ya no pertenecen al ilustrado inspector. Y todo lo presenta el autor en un lenguaje muy actual (neologismos, anglicismos, argot juvenil, etc.) y próximo y asequible, quizá demasiado galdosiano, *garbancero*, por lo que no le vendría mal una criba en el harnero de la selección con lo que la función poética del texto literario remontaría vuelo y se correspondería con el aire ilustrado del inspector Alpesto.